

## Don Blas Lázaro e Ibiza (\*)

por

CAYETANO CORTES LATORRE

Nada tan oportuno como la inclusión de don Blas Lázaro e Ibiza, entre los botánicos aragoneses a quienes ahora rendimos un homenaje.

Sus padres eran de Aragón; su infancia y juventud transcurrieron en Aranda de Moncayo, enriqueciéndose aquí su espíritu con aquellas mismas esencias baturras que ya llevaba en la sangre, y de tal manera que su temperamento y los rasgos más acusados de su carácter, jamás desmintieron esa reciedumbre y hombría de bien, que amalgamadas con un marcado tesón, han llegado a hacerse tan proverbiales en los hijos de esta tierra.

Es indudable que dichos rasgos fundamentales del alma aragonesa, afinados y estilizados a través del ingenio de Lázaro, y matizados por su fino humorismo, llegaron a brillar en el espíritu de aquel hombre superior, de la misma manera a como lucen y deslumbran a través de las mágicas composiciones de Albéniz y Turina, los inspirados temas del folklore musical popular; siendo opinión unánime de cuantos le conocieron y trataron, que por debajo de esta cubierta pulida, de su espíritu cultivado, permanecieron inmutables, la honradez y la seriedad, el tesón y la firmeza de sus convicciones; en pocas palabras: el legado genético que había heredado de sus padres y que enriqueció y perfeccionó en esta tierra aragonesa.

---

(\*) Discurso leído en Calatayud, el 16 de junio de 1955, con motivo de la *Segunda reunión de Botánicos peninsulares*

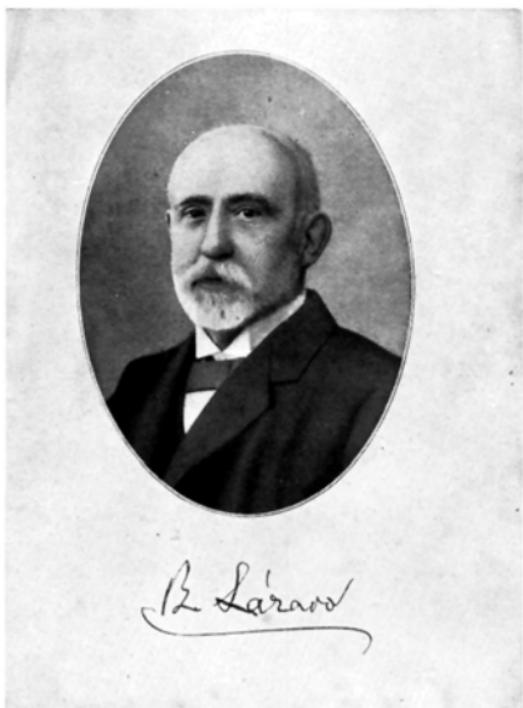
Ante los hechos apuntados resulta evidente que apenas si es posible conferir algún otro valor que no sea el meramente episódico a la circunstancia de que su natalicio, ocurrido el 20 de enero de 1858, tuviese lugar en Madrid, y para los efectos de las cualidades intelectuales y morales del homenajeado, no es posible asignar a tan feliz acontecimiento, mayor trascendencia de la que hubiera tenido en el caso de suceder en el camarote de un buque o en una diligencia.

Pero si resulta suficiente lo dicho para justificar lo acertado y lo lógico de este homenaje, tal vez aparezca con justificación no tan cumplida, que entre los numerosos naturalistas españoles, plenamente capacitados para llevar a cabo la tarea de este discurso y con indudables ventajas sobre lo que es posible esperar de mis menguadas dotes, sea yo precisamente el encargado de llevarlo a cabo y sobre todo, que siendo plenamente consciente de las circunstancias que hubo que señalar, acogiese complacido, como lo hice y sin asomos de reparo alguno, la propuesta que me fué hecha para desempeñar este cometido.

Y es señores, que semejante propuesta tuvo para mí toda la fuerza de un sagrado e ineludible deber, porque yo considero, que todo lo que he sido y lo que soy, se lo debo en gran parte a Lázaro, quien para bien o para mal imprimió o al menos me ayudó a imprimir a mi vida y en momento crucial de ella, un rumbo que resultó decisivo y que ya no es posible cambiar, dado lo avanzado de la misma.

Así pues, no solamente estoy obligado al querido e inolvidable maestro por las sabias enseñanzas recibidas de él cuando fuí su alumno de Botánica, sino también porque más adelante, ya terminada la carrera, acogiese con benévolo y aún complacido interés mis pretensiones de solicitar la plaza de profesor auxiliar de su asignatura, que se hallaba vacante a la sazón.

Comprenderéis, que no vacilase un segundo en asumir la tarea de este homenaje, y que si no soy capaz de realizarla a la altura que él se merecía, será más bien por falta de datos por mi parte, que no por el íntimo fervor y acendrada devoción con que lo estoy haciendo. Contribuye a ello, el doloroso y conmovedor recuerdo de los últimos meses de su vida, cuando ya la implacable dolencia que le llevó a la tumba, había minado su organismo y cuando los desprendimientos retinianos constituían sin duda para él,



Dr. D. Blas Lázaro Ibiza

una de las más refinadas torturas a las que pudiera sometersele y de la que fue muestra bien elocuente su callado dolor.

Jamás le oí quejarse de aquella ceguera progresiva, pero don Romualdo González Fragoso, compañero y amigo de Lázaro, durante gran parte de su vida, nos habla en la nota necrológica que escribió a raíz de su fallecimiento, en el «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural», de cómo se lamentaba amargamente en sus últimas conversaciones con él, de no poder concluir algunos trabajos botánicos que tenía en preparación y especialmente uno de Agaricáceos españoles, para el cual y durante años había estudiado multitud de especies, tomando notas, diseños, apuntes en color y fotografías.

Durante el año y medio que desempeñé la auxiliaría de Botánica al lado de don Blas, y más particularmente al final de este período, pude ser testigo de aquella emocionante lucha silenciosa y titánica, entre lo implacable del destino y la voluntad potentísima e indomable del maestro, que logró así ver realizados sus deseos de concurrir y explicar la clase cotidiana, hasta casi la víspera de su muerte.

Yo le preparaba las láminas en colores y los modelos clásicos objeto de sus explicaciones de cátedra sin lograr apercibirme de lo que le ocurría, hasta que me di cuenta de que resultaba imprescindible que aproximara a sus manos, aquel de entre los diversos modelos, colocados previamente sobre la mesa de cátedra, al que se refería el maestro en cada momento de su discurso y cada vez que sus brazos se tendían hacia ellos en movimientos imprecisos y vacilantes, como carentes que eran, de la inexcusable dirección de sus órganos visuales.

Apenas recuerdo cómo logré iniciar con él una conversación sobre tan enojoso asunto, cuando ya había adoptado la costumbre de acompañarle cada día en su regreso a su casa; pero sí guardo vivamente el recuerdo de lo que me explicó sobre aquel doloroso tratamiento de inyecciones oculares de cloruro sódico, al que se sometía, sin duda con alguna esperanza de curación, que no logró cumplirse por desgracia.

Y así fué y había sido toda la vida este infatigable y apasionado trabajador de la Ciencia, este profesor admirable, cuyos rasgos fundamentales no hicieron sino aquilatarse y vigorizarse en el transcurso de sesenta y tres años, a cuya edad falleció en plena

lucidez mental y cuando se obtenían los más sazonados frutos de su indomable actividad creadora.

Dotado desde niño de clara inteligencia y marcada afición al estudio, sus padres no sin gran sacrificio decidieron darle carrera.

Su expediente académico acredita cumplidamente, cómo Lázaro supo corresponder a tales sacrificios y cómo la laboriosidad y el amor propio fueron virtudes suyas desde la infancia.

El premio extraordinario de su título de Bachiller y los sobresalientes en los Licenciado y Doctor, tanto en la Facultad de Farmacia como de la de Ciencias Naturales, corroboran cuanto acabo de decir, y hacen casi ocioso agregar, que esta misma calificación de sobresaliente fué la obtenida por él en casi todas las asignaturas cursadas.

Las primeras actividades botánicas de Lázaro, se manifiestan inseparablemente unidas a las de otro joven y entusiasta naturalista, don Tomás Andrés y Tubilla, que desgraciadamente se malogró para la Botánica apenas cumplidos los dos años de esta colaboración. Desempeñaba en el Jardín Botánico de Madrid, una plaza de ayudante, y en unión de Lázaro, que apenas contaba veintidós años, y que se acababa de licenciar en Farmacia, fundaron con otros compañeros y amigos la titulada «Sociedad Linneana Matritense», que se proponía y llegó a realizar la confección de un herbario bastante rico.

También fundaron, poco antes del fallecimiento del señor Tubilla, un Ateneo para el fomento de las Ciencias Naturales, en el que Lázaro no escatimó su colaboración entusiasta.

De estos años juveniles, son las dos primeras publicaciones de Lázaro, es decir, la titulada *Nueva especie de la Flora española: Lavatera rotundata*, Láz., que se publicó en *Resumen de los trabajos de la Sociedad Linneana Matritense* en el año 1880 y *Revisión crítica de las Malváceas españolas*, publicado en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural en 1881.

Este último trabajo lo realizó en colaboración con el señor Andrés y Tubilla. En él se dió a conocer una nueva especie de ambos: la *Malva Lagascae*, Láz. y Tub., y además se exponen los ambiciosos planes que acariciaban estos jóvenes, cuando dicen lo siguiente: «Este trabajo es el primero de una serie en la que quisié-

ramos ir revistando todos los grupos que tienen representación en la Flora española».

Consideran después, que acabado el período que ellos denominan analítico para los estudios florísticos de nuestro país, como consecuencia de los trabajos y exploraciones efectuadas por Boissier y Reuter, Willkomm y Lange, Costa y tantos otros, procede la iniciación de otro sintético, en el que se cotejen los datos referentes a un área limitada, revisándolos por comparación entre sí y con los datos geográfico-botánicos que relacionan las citas con el área general de la especie y agregan textualmente: «y lo que es más importante, con la de cada variedad si la tuviese».

No es posible dudar de que ya entonces estos jóvenes botánicos empleaban el término variedad en el mismo sentido en el que hoy se utiliza el tan en boga de subespecie geográfica.

Se daban perfecta cuenta de lo vasto de sus proyectos, y dicen a continuación: «Pero bajo este punto de vista no podemos hoy ni en mucho tiempo acometer con fruto el conjunto de nuestra flora y habremos de limitarnos a ensayarlo lentamente, un grupo otro, sin seguir orden sistemático alguno», etc.

También en colaboración con don Tomás Andrés y Tubilla se publicó en el año 1882 otro trabajo titulado *Distribución geográfica de las Columníferas de la Península*, demostrativo de su interés por la *Geobotánica*.

Apenas había disfrutado Tubilla durante un par de años de su cargo en el Jardín Botánico, cuando le sorprendió la muerte.

Relata Lázaro en un trabajo publicado en 1911 en el «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural», cómo fué Tubilla, quien, al posesionarse de la plaza de ayudante en el Jardín Botánico en 1880, propuso a D. Miguel Colmeiro, director del mismo, por entonces, la idea de construir un Herbario de plantas españolas inexistente allí, a base de los ejemplares muchos de ellos sin clasificar, que dejó en estantes y paquetes y no muy bien ordenados don Vicente Cutanda, como consecuencia de haberle sorprendido la muerte en plena labor.

Fallecido Tubilla en 1882, se hace cargo Lázaro, con carácter interino, de la vacante dejada por aquél, ocupando más adelante dicho cargo por oposición. En realidad, puede afirmarse, dada su colaboración con Tubilla, que Lázaro prestó servicio en el Jardín Botánico, según se afirma en la Enciclopedia Espasa, des-

de 1881 a 1892, y sin más excepción que la del año 1877, en el que estuvo pensionado en Nápoles, para el estudio de las Algas. Fué él, pues, quien llevó a cabo durante dichos años la tarea de organizar aquel herbario español.

Al disolverse la Sociedad Linneana Matritense, Lázaro se hizo cargo de sus herbarios, libros y cuanto había en ella por voto unánime de sus socios, que trataron de hacer así ostensible, según frases del señor Fragoso, que todos ellos haban sido hijos de Lázaro, antes y más que de nadie.

Del mismo modo, Lázaro no hizo sino proseguir, durante toda su vida, la tarea comenzada en su fugaz colaboración con el señor Tubilla. Así nos relata en el «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural», de 1911, a que aludí hace poco, y bajo el título: *Sobre el Herbario español del Jardín Botánico*, cómo había trabajado año tras año y día por día, en la confección de dicho herbario iniciado con la colaboración de su entrañable amigo y proseguido por él, hasta ordenar y clasificar cuanto existía y se pudo adquirir en el Botánico, mientras estuvo en dicho Centro, y enriquecido más tarde con otras colecciones. Con este escrito puso en su punto Lázaro, lo referente al herbario exclusivamente español del Jardín Botánico, respecto del cual su director, por entonces el señor Gredilla, se había ocupado aquel mismo año de 1911, en un folleto titulado: *Jardín Botánico de Madrid*, en el que se silenciaba todo lo referente a la iniciación y colecciones primitivas del Herbario, para referirse únicamente a las colecciones agregadas al mismo, cuando Lázaro ya no trabajaba allí.

También prosiguió Lázaro aquella revisión crítica de grupos naturales de plantas españolas, que había iniciado en su juventud, en colaboración con el señor Andrés y Tubilla, sobre la familia de las Malváceas. De este estilo son varias obras suyas, muchas de ellas de Criptogamia, como por ejemplo: *Nuevos Tuberáceos de España*, publicado en 1908; *Los Phragmidium de España*, de 1911; *Los Poliporáceos de la Flora Española*, en 1917; *Revisión crítica e iconográfica de las plantas barrilleras de España*, aparecido en 1920, año que precedió al de su defunción.

Una característica nueva es posible apreciar en esta labor, ya exclusiva de Lázaro e Ibiza, y es la considerable dilatación de sus horizontes. Puede decirse que apenas quedó algún campo de la Botánica, sin aportación suya, ni ningún tomo de la Sociedad Espa-

ñola de Historia Natural, que no contenga alguno de sus trabajos. La misma Geobotánica, ya cultivada en unión de Tubilla, fué objeto en 1895 de otro trabajo suyo de conjunto, titulado: *Regiones botánicas de la Península Ibérica*.

Su preocupación por los estudios criptogámicos comienza a manifestarse a su regreso de Nápoles, donde practicó la técnica micrográfica, apenas conocida entonces en España y que, al decir del señor Fragoso, logró introducirla en el Jardín Botánico, con no pequeño esfuerzo y venciendo no escasos obstáculos, para conseguir montar un modestísimo laboratorio micrográfico con estufas para inclusiones, microtomos, etc.; que si bien hoy están ya vulgarizados y extendidos, parecían entonces sorprendentes en nuestro país.

No puedo renunciar a transcribir algo de lo que escribía Lázaro respecto a Criptogamia en uno de sus trabajos, el titulado: *Los Phragmidium de España*, del que paso a copiar lo siguiente: «No es pequeña la labor que queda por realizar, para que se pueda decir con algún fundamento que nuestra flora criptogámica está medianamente conocida».

Durante más de medio siglo, apenas los botánicos españoles y los extranjeros, que han consagrado su esfuerzo al estudio de la flora española, han prestado atención a las plantas inferiores.

Hace luego Lázaro algunas consideraciones acerca de las mayores dificultades que presenta el estudio de aquellas plantas, si se le compara con el de las superiores, puesto que para descubrir las primeras, se necesita una observación mucho más minuciosa y detallada del terreno en que viven y completarla después en el laboratorio con estudios que a veces requieren ser hechos casi inmediatamente, por las dificultades de que se conserven bien, ciertos caracteres de los ejemplares recolectados; todo lo cual, nos confiere a los españoles superioridad sobre los extranjeros, que tienen por costumbre pasar de prisa por nuestro territorio, sin poder detenerse el tiempo imprescindible; por lo que agrega textualmente: «Somos nosotros los únicos que podemos estar en contacto frecuente con esta parte menos vistosa y llamativa de nuestra flora, y por ello debemos acometer su estudio por nuestros propios medios».

«Asusta pensar en las dificultades que pueden oponerse al

cumplimiento a este honroso deber, aquí donde para conseguir dotar de algunos medios, un modestísimo embrión de laboratorio, se necesita más constancia y más gestiones, que para llegar a la gobernación del Estado.»

Pero no alcanza a arredrarle estas reflexiones pesimistas, y así viene a decir poco más adelante, que será necesario ir haciendo cuanto se pueda, en espera de un porvenir que remedie las deficiencias apuntadas.

Esto hizo por ejemplo él en el trabajo sobre los *Phragmidium* españoles, en el que se mencionan nueve especies diferentes, de las cuales tan solamente cuatro eran conocidas en 1911, fecha de su publicación.

Y del mismo tenor son otros trabajos suyos, tales como las tres series a las que dió el título de *Notas micológicas* o sus *Datos para la Flora algológica del Norte y Noroeste de España*, su *Noticia sobre un nuevo parásito del Roble*, la *Noticia de algunos Ustilagináceos de España* y el trabajo sobre el mismo tema y de título semejante: *Algunas noticias sobre Uredináceos y Ustilagináceos de España*.

También en sus *Notas críticas acerca de la Flora Española*, publicada una de ellas en 1893 y la otra en 1900, al lado de las plantas Fanerógamas, se ocupa Lázaro de Criptógamas pertenecientes a los más diversos grupos. Puede decirse que todos ellos, fueron objeto de estudio por parte suya; pero de análoga manera a como las madres suelen concentrar su ternura en el hijo más desgraciado, así Lázaro concede la primacía de su labor a aquellos grupos de plantas criptogámicas que encontraba en estado de más lamentable abandono.

Aludía, por ejemplo, en la primera serie de sus *Notas micológicas*, en 1904, a la posibilidad de que al publicarse la segunda edición del *Compendio de la Flora española*, el número de especies de hongos conocidos en España fuese doble mayor que el de los mencionados en la primera edición, y agregaba luego:

«Ocurrirá con esta parte de la flora criptogámica, lo ocurrido ya con los líquenes, grupo aún peor conocido que el de los hongos en la fecha de la publicación de mi citada obra, y al que por esta razón, dediqué una atención preferente durante algunos años, hasta reunir de ellos una colección interesante. Con los datos que

esto arroja y las valiosas exploraciones de los señores Vicioso, P. Navas y Llenas, se ha conseguido duplicar el número de especies bien comprobadas en España.»

Resulta sorprendente que Lázaro diversificara de modo tan extraordinario sus actividades no solamente en el dominio de las criptógamas, sino hasta el extremo de no dejar ningún campo de la Botánica sin la oportuna y más o menos extensa aportación por su parte. Nada tan elocuente a tal respecto como los títulos de otros tantos trabajos suyos, que paso a leerlos: *Nota sobre la duración de algunas hojas*; *Noticia de algunas agallas de España*; *La fotografía y la Historia Natural*; *Cultivo de algas*; *Formaciones forestales*; *Plantas Medicinales*; *Manual de Botánica general*; *Hongos comestibles y venenosos*; *Notas botánicas*; *El Convolvulus Durandoy en España*; *Una especie nueva del género Viola*; *Notas sobre algunas plantas de Motril*; *Dos plantas nuevas para la flora de España*; *Notas carpológicas*, etc.

Y es que Lázaro se entregaba al trabajo botánico con entrañable fervor y con apasionado entusiasmo; pero además, su claro intelecto, como habréis podido ver por los contados párrafos suyos que aquí he leído, le señalaba con abrumadora elocuencia, cuáles eran las tareas más apremiantes y cuáles los vacíos o los fallos más acusados de nuestros conocimientos botánicos, que él se apresuraba a reparar abnegadamente con los medios de que era posible disponer en cada instante.

Hay algo de dramático y desesperado en esta enorme y a la vez proteica actividad botánica del maestro. Tal vez el trabajo le consolase en parte de la pérdida de su único hijo; pero ello y todo, no precisa una perspicacia excesiva para darse cuenta después de la lectura de sus publicaciones, del modo cómo llegaban a afectarle las manifestaciones de nuestro retraso científico y cómo adquiriría para él carácter obsesivo, la urgencia de remediarlo. De aquí lo polimorfo de su labor y lo apresurado y brusco a veces de sus desplazamientos de un campo a otro de la Botánica.

Pensionado en 1908 por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas, visitó los más importantes laboratorios botánicos de Europa, como el laboratorio de la Sorbona y el de Criptogamia del Jardín Botánico de París, el Jardín y Museo botánico de Berlín, Dahlen, el Instituto botánico de Viena, los institutos anejos a los Jardines botánicos de Leipzig y Munich, así como

establecimientos similares de Ginebra y Zurich en Suiza y de Bélgica y Holanda.

Al regresar a España publicó en el Tomo II, Memoria primera de los Anales de la Junta (año 1910), un trabajo titulado: *Estudio de los laboratorios y de los métodos de observación y reconocimiento de las criptógamas susceptibles de aplicación médica, agrícola e industrial*, del cual me permitireis que lea los siguientes párrafos:

«El que no conociendo más que nuestros establecimientos botánicos visita por primera vez algunos de los de otros países establecidos bien para la enseñanza, bien para las investigaciones puramente científicas o bien para las aplicaciones de la botánica, nota, no sin sorpresa, el desarrollo que estas instituciones alcanzan y los poderosos medios de que disponen, en los países que he visitado.»

Elogia luego Lázaro, los locales, plantillas y organización del personal de tales establecimientos; lo que pudo conocer en detalle al serle permitida la utilización de tan excelentes medios de trabajo en las mismas condiciones que al personal técnico de aquellos, y comenta a continuación:

«Pero la grata sensación que todo esto produce en el ánimo del visitante, trócase por acto reflexivo, en penosa preocupación al pensar, que tan sólo por breve interinidad podemos gozar de aquel bienestar, de aquellas facilidades para el estudio y de aquella atmósfera propicia para el buen curso de la labor y que al repatriarnos habremos de recaer en nuestra habitual pobreza de medios y continuar nuestro trabajo en un ambiente indiferente y frío, donde los más briosos alientos se debilitan, sino se extinguen.»

Es de notar en este párrafo, cómo la fina sensibilidad de Lázaro pudo darse cuenta, de que no todo lo importante era la magnificencia de los locales y la abundancia de medios de trabajo, sino que había también algo imponderable y de tipo psicológico, algo exactamente antagónico a lo que él denomina ambiente indiferente y frío, y que tal vez pudo calificar también, de ambiente de burocratismo dogmático, capaz de asfixiar cualquier iniciativa, que discrepe lo más mínimo de la rutina habitual.

Los párrafos finales de su trabajo, rezan a este tenor: «Es evi-

dente por desgracia el retraso, en que los estudios criptogámicos se hallan en nuestro país».

«Cierto es que no es esta la única especialidad científica que está desatendida entre nosotros, pero acaso en ninguna se ha llegado a tan completa abstención y retraimiento como en el estudio de las plantas inferiores, y nuestro decoro nacional exige que al reconocimiento de este olvido, siga alguna iniciativa que revele propósitos de repararla», etc.

Aboga luego por la creación de un modesto laboratorio de Botánica criptogámica, sencillamente planteado y donde hubiese unos cuantos puestos de trabajo dotados de los medios indispensables.

Sin esto, dice más adelante: «las modestísimas iniciativas de hoy, los intentos de carácter privado que en estos últimos años se han manifestado en España en pro del conocimiento y estudio de la Criptogamia, serán inútiles y se malograrán, como se malograrón los valientes arrestos de Lagasca, García y Clemente, tan oportunos en aquel tiempo, y que de no haberse perdido en el vacío, nos hubieran evitado los tristes sonrojos que nos produce nuestro indudable retraso actual».

Nada más elocuente que lo que acabo de leeros para poner bien de manifiesto estos dos grandes amores de Lázaro, a la Patria y a la Botánica; así como aquel sentido dramático de su formidable esfuerzo de solitario al que me referí anteriormente. Porque las dolidas críticas de Lázaro fueron siempre fundamentalmente constructivas y prueba de ello nos la proporciona, no solamente la diversidad y amplitud de su labor, sino el actual laboratorio de Botánica de la Facultad de Farmacia de Madrid, que si refulge más en los nuevos locales de la Ciudad Universitaria, merced a las aportaciones y perfeccionamientos llevados a cabo por don Salvador Rivas Goday, no por ello deja de ser creación de Lázaro e Ibiza, quien al posesionarse de la cátedra de Botánica en 1892, y según nos lo relata el señor Frago, sólo encontró en ella un libro de Cutanda viejo, roto y manchado, y algunos paquetes de plantas en gran parte comidas por los insectos o hechas polvo por el tiempo; mientras que al fallecer, dejó organizado un soberbio laboratorio, con sala de herbarios y departamento de cultivos, laboratorio fotográfico, sala para alumnos y una rica biblioteca, así como moderno y abundante material científico.

Pero no vaya a creerse por lo dicho que Lázaro fuera uno de esos hombres oscuros y laboriosos, a los que apenas si conoce un reducido número de amigos y algunas pocas personas más interesados por sus trabajos. Aparte lo vigoroso de su personalidad, Lázaro consiguió hacerse notar de un más amplio público como consecuencia de su obra titulada *Compendio de la Flora española*, muy conocida no sólo en España, sino en el extranjero, y particularmente en Hispanoamérica. De ella se hicieron tres ediciones, la primera en 1896, la segunda en 1906, y la tercera, el año de su fallecimiento, que tuvo lugar cuando aún estaba en imprenta el último tomo.

Como trabajo de cierta envergadura, la Flora de Lázaro ha sido objeto de algunas críticas, que en esencia vienen a referirse todas a un achaque inevitable en los libros de recopilación, o sea, a la ausencia en ellos de una crítica demasiado profunda. Es el mismo reproche exactamente que se pudiera hacer al «Sylloge algarum» de De-Toni, al «Sylloge fungorum» de Saccardo, o a cualquier otra de las obras de análogas características que, sin embargo, han resultado tan útiles para el progreso científico durante muchos años.

Otro error, en el que suelen caer muchas personas respecto a dicho libro, es el de suponer que no sirve para clasificar plantas, ni para iniciar a los aficionados en esa tarea. Puedo afirmar por experiencia, que lo que sucede, es justamente lo contrario, y que mientras no se escriba en nuestro idioma otra obra mejor, seguirá siendo la Flora de Lázaro, con sus tres claves para la determinación de las familias, su vocabulario de voces técnicas, su distribución en grupos de géneros y especies y su impresión en letra cursiva de los detalles distintivos de muchas plantas, la más útil y práctica de las obras botánicas españolas.

La Flora de Lázaro que utilizábamos en nuestros tiempos de estudiantes para la clasificación de plantas, en las clases prácticas que nos daba el llorado maestro, no induce a errores numéricos como el señalado acerca de nuestra florística; sino que por el contrario, pone bien de manifiesto, que bajo tal punto de vista España es el primer país de Europa.

He tratado de demostrar con lo que antecede, cuáles fueron las relevantes cualidades de Lázaro, como trabajador y como bo-

tánico; pasaré ahora a ocuparme de él como profesor y académico, para luego, deciros algo del hombre, es decir, del individuo relacionado, no con la Ciencia, ni con sus discípulos o compañeros, sino pura y simplemente con sus semejantes, con los que tenía que relacionarse en sociedad.

Casi al mismo tiempo que ganaba Lázaro la Ayudantía del Jardín Botánico, obtenía la de Profesor de Ciencias en la Normal de Maestros; fue, por consiguiente, profesor a la edad de veinticuatro años. En 1892 y tras reñidas oposiciones conseguía, a los treinta y cuatro años de edad, la cátedra de Botánica Descriptiva, de la Facultad de Farmacia, de la Universidad Central, que ya desempeñó hasta su muerte, ocurrida en 1921.

Fue contrincante suyo en aquellas oposiciones, otro botánico famoso, don Carlos Pau, al que también se rendirá homenaje en estas jornadas botánicas que ahora realizamos.

El tribunal otorgó, unánimemente, la Cátedra a Lázaro, aun lamentando que no existiesen dos plazas, para poder complacer a ambos contrincantes.

Considerado como profesor, la severidad de Lázaro llegó a ser proverbial entre sus alumnos, que la encontraban, no obstante, soportable al tener presente su insobornable espíritu de justicia y lo que todos sabían, acerca de su modo de ser y de su inflexibilidad en el cumplimiento del deber, así como de la benevolencia y simpatía en que se trocaba su severidad, para quienes trabajaban decididamente y demostraban afición a la Ciencia y al estudio.

En el año 1900 ingresó don Blas Lázaro, como numerario en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, leyendo un bello discurso sobre *Armas defensivas empleadas por los vegetales en la lucha por la existencia*, en cuyos primeros párrafos puede apreciarse su exquisita delicadeza y corrección.

Explica en ellos, cómo en el siglo próximo a fenecer entonces, ningún asunto había agitado tanto el campo de las Ciencias Naturales, como la Teoría de la evolución, que ya había sido objeto de interesantes disertaciones por parte de varios académicos, como por ejemplo: don Miguel Colmeiro, en su discurso titulado: *Sobre la estabilidad de las especies vegetales*.

Dados estos antecedentes, dice Lázaro, «sería inconveniencia por mi parte venir a labrar nuevamente, un terreno tan bien cul-

tivado» y agrega después: «Por otra parte, cuando en la candente cuestión evolucionista, no se profesan las equilibradas ideas del ecléctico, sino la fe ardiente y sincera del creyente; cuando lleva en la exposición de esta teoría, no un frío expositor, sino un convencido, acaso se corre el riesgo de no tratar el asunto con tanta exquisita medida, que en nada mortifique las opiniones.

Se refiere después a lo difícil que resulta encontrar cuestiones de interés histórico-natural, que no participen más o menos o que carezcan de conexiones con la teoría, y reconoce que el tema elegido por él no posee tal condición. «Aunque de intento, dice, he procurado evitar toda referencia al concepto de la especie», huyendo de él por las razones ya apuntadas.

Como veis, Lázaro era un convencido evolucionista, como todos los naturalistas del siglo que se iniciaba; pero era también, al mismo tiempo, un espíritu delicado, que se preocupaba de que sus convicciones no hiriesen la susceptibilidad de los que iban a ser compañeros de Academia, y que a juzgar por lo dicho, debían estar en gran parte, aferrados a las ideas más dominantes sobre estos temas durante el siglo que se extinguía.

Así lo reconoció en su discurso de contestación, otro ilustre botánico español, el Ingeniero de Montes D. Máximo Laguna; quien dijo de Lázaro que «había logrado hermanar las condiciones del botánico linneano con las del que podemos llamar *botánico a la moderna*; de las primeras es excelente muestra su «Flora compendiada de la Península Ibérica», y de las segundas, ¿Para qué más pruebas que el discurso que acaba de leerme?».

Pocos años después, en 1907, recibió Lázaro el título de Doctor *honoris causa*, de la Universidad de Uppsala, cuando representó a España en el Centenario de Linneo, celebrado por dicha Universidad y por la Academia de Ciencias de Estocolmo.

También representó a España, en unión de D. José Madrid Moreno en el Tercer Congreso Internacional de Botánica, que tuvo lugar en Bruselas en 1910, figurando como Vicepresidente de Honor en el mismo. Ambos señores publicaron más tarde una memoria de este Congreso, en el tomo V de los Anales de la Junta para Ampliación de Estudios, en 1912.

Finalmente, en 1915, seis años antes de su fallecimiento, tomó posesión de la plaza de Académico, en la Real Academia de Me-

dicina, leyendo un discurso sobre el Criterio de la Farmacología en la antigüedad y características de ella en nuestros tiempos. La contestación corrió a cargo de D. José Rodríguez Carracido, que a la sazón, era Decano de la Facultad de Farmacia, de la Universidad Central.

Al pasar poco después, el señor Carracido a desempeñar el rectorado de aquélla, ocupó don Blas Lázaro el Decanato de Farmacia y el cargo de vocal nato del Real Consejo de Sanidad, hasta el momento de su muerte, acaecida en febrero de 1921.

Respecto al carácter de Lázaro, dice el señor Fragoso, quien llegó a conocerle muy bien, que era de agradable trato y amena compañía, dotado de fácil y correcta palabra y con una tenacidad de ideas, que hacía muy difícil el logro de cambiar sus convicciones, aunque todos sabían que se podía discutir con él, sin el temor de que por ello se entibiase su amistad.

Era un buen hombre, que no gustaba hablar mal de nadie y que cuando juzgaba a alguno, procuraba templar la severidad, con bromas o frases ingeniosas, en las que solía campear su fino humor, de tal manera, que se desvanecía cualquier matiz de su expresión que pudiera parecer duro.

Relataré aquí algunas anécdotas suyas, de mi época estudiantil, demostrativas de aquellas facetas de su carácter.

En el paseo de Recoletos de Madrid, y en el mismo lugar en que hoy está emplazada la estatua del pintor Rosales, se erguía por entonces, un soberbio ejemplar de Pino, al que faltaba ya poco para morir a causa de la frondosa vegetación, de una liana de las denominadas Glicinias, que enroscándose en su tronco, lograba casi cubrir la copa. El conjunto resultaba en extremo vistoso y llamativo, particularmente en primavera, cuando brotaban los soberbios racimos de flores violáceas, de la planta trepadora. Fué en esta estación, cuando Lázaro, preguntaba en clase a uno de sus alumnos si al pasar por Recoletos, no había reparado nunca en dicha maravilla, y como la respuesta fué negativa, Lázaro se inclinó hacia él y en tono confidencial, aunque lo suficiente elevado, para que lo escucháramos todos, le previno en estos términos: «Pues tenga usted mucho cuidado con los automóviles, porque son bastante más pequeños».

En otra ocasión y después de agotar con otro alumno, in-

fructuosamente, todas las tentativas para que contestase alguna pregunta sobre los temas más elementales, y al tiempo que buscaba su nombre en la lista de clase, para ponerle la oportuna calificación, se dirigió a él con cierta sorna y le preguntó: «¿Será posible que sea usted capaz siquiera de decirnos su nombre?».

También resulta ingenioso, lo que me sucedió a mí mismo, en una de las excursiones de aquel curso. Consideraba Lázaro como falta inexcusable, que se concurriese a cualquier excursión, sin ir provistos de alambra, o cuando menos, de una carpeta, en la que se guardasen las plantas recolectadas. Me alojaba yo en Madrid, en casa de un primo hermano mío, que estudiaba como yo, la carrera de Farmacia, y ambos en la misma promoción, por lo que, comprábamos siempre un solo libro, para nuestro uso, y de la misma manera, adquiríamos únicamente, una prensa de hierro, que llevábamos a ratos y alternativamente, durante las excursiones.

En la primera que realizamos, observó en seguida Lázaro mis manos vacías, por lo que quiso inquirir con tono algo severo, cuáles fueran las causas. Yo le expliqué cuanto antecede y señalé a mi primo, que sostenía la prensa en aquella ocasión.

—«¡Vamos!, repuso, ¡no todos tienen un primo que les lleva la prensa!»

Así fue aquel hombre bueno, cuya vida entera y clara inteligencia, se consagró al servicio de la Patria y de la Botánica, y al que hoy rendimos este merecido homenaje.